
CAPÍTULO VIII.

Agudo y Redondo.

Pronto llegó Matusalem al punto adonde se dirigia, pues la urgencia del negocio y la premura del tiempo eran tales, que no se podia perder ni un minuto.

Al entrar en el coche dió al lacayo las señas de la casa adonde iba, añadiendo:

—A escape.

Esta orden, comunicada al cochero, descendió desde la altura del pescante á las bocas de los caballos, que por las insinuaciones del freno llegaron á entender al instante la obligacion en que estaban de apretar el paso; y en el momento mismo, con esa obediencia inteligente de los caballos bien educados y bien dirigidos, partieron ambos á la vez, azotando con sus herradas manos el empe-

drado de la calle, á un trote resuelto, impetuoso y magnífico, que hacia rodar la berlina, ligera como una pluma.

De repente los dos caballos se detuvieron, quedando inmóviles, derechos, erguidos, perfectamente aplomados, sin que un casco se adelantara al otro ni una línea. Sólo movían las gallardas cabezas, agitándolas con impaciencia, lanzando á intervalos ráfagas de humo por las dobles ventanas de sus dilatadas narices, y haciendo sonar los herrajes de los frenos.

La berlina parecía clavada en la tierra.

Se había detenido delante de una casa de muy buena apariencia, cuyo ancho portal entarimado abría paso á una holgada escalera, por la cual subía y bajaba al mismo tiempo la ancha faja de una estrecha alfombra, ajustada á los ángulos entrantes de los peldaños por finas varillas de hierro bruñido.

Delante de esta puerta, con precisión rigurosa, con la exactitud de una máquina, se había parado el coche.

Saltó el lacayo del empinado pescante y acudió presuroso á abrir la portezuela, por

la cual salió Matusalem tan precipitadamente, que se caló el sombrero hasta las orejas, oprimido por el techo de la berlina, contra el que había chocado.

No le pareció de buen agüero este incidente, porque hizo un gesto de todos los demonios, tan expresivo, que el lacayo, á pesar de la impasibilidad de su oficio, tuvo que bajar los ojos para detener la risa, que horrigueando le subía por la garganta.

El portero estaba en el portal como el gran turco en la Gran Puerta, como está la mirada en los ojos y la lengua en la boca.

No debía ser la primera vez que Matusalem penetraba en aquella casa, pues dirigiéndose al portero, le hizo ver una mirada que sin duda alguna encerraba una pregunta, á la que contestó el otro afirmativamente, subiendo y bajando la cabeza.

Sin más averiguaciones, corrió á la escalera y se puso en el primer peldaño, y sin salirse de la alfombra se fué elevando escalon por escalon hasta el piso principal, donde se detuvo para asir un llamador de bronce, que inmediatamente hizo sonar una campa-

nilla, á cuya voz se abrió la puerta, presentando la cara de un criado, que al reconocer á Matusalem retrocedió para dejarle paso.

Como se ve, tampoco era la primera vez que pasaba el umbral de esta puerta.

El criado levantó una de las cortinas que decoraban el recibimiento, y nuestro hombre desapareció detras de ella.

Sabía el camino y no hubo necesidad de que nadie lo guiára, y cuando llegó adonde sin duda ninguna iba, hizo alto, escuchando dos voces que se cruzaban en una animada conversacion, distinguiéndose perfectamente una de otra por las diferencias de tonos.

La primera que llegó á sus oidos era una voz chillona y ágría, voz de metal, que parecia salir de las huecas entrañas de un cornetin; la otra era una voz hueca y algo dulce, que pronunciaba pausadamente las palabras, dejando oír inflexiones profundas, semejantes á las que despierta el arco lamien-do suavemente la cuerda más gorda del contrabajo.

La primera de estas voces decia:

—Ya lo entiendo..... quiere V. endosar-

me el mochuelo de todas esas acciones de ferro-carriles en proyecto..... Ya sé que los estudios están concluidos y los planos á pedir de boca; que las subvenciones que se piden no son flojas; que el Ministerio se interesa; que hay diputados que hacen atmósfera; que se echan cuentas galanas; que las subastas será lo que Dios quiera; que ofrecen primas: lo sé todo; pero sé tambien dónde me aprieta el zapato, porque me han salido los dientes en los negocios, y no se me oculta que interesarse en proyectos de caminos de hierro, cuando las líneas principales están pidiendo fuertes subvenciones para no morir de hambre, es lo mismo que abrir la ventana y tirar el dinero al arroyo. Es peor, porque en el primer caso sería uno un loco, y en el segundo caso un tonto. ¡Caramba! ¿Si sabrémos aquí lo que traemos entre manos?

La voz de contrabajo prorumpió en una nota profunda, con la que comenzó á modular estas palabras:

—¡Bah!..... padece V. los terrores de una infantil modestia. Usted no sabe lo que vale en la plaza, y por consiguiente, no se hace

pagar tan caro como merece. ¿Quién le ha dicho á V. que las acciones propuestas llevan la mala intencion de perpetuarse en su cartera?..... ¿No puede V. venderlas de la misma manera que las compra?..... En el momento en que circule la noticia de que V. ha adquirido una respetable masa de ese papel, adquirirá importancia y tomará precio. Esto es lo elemental de los negocios más corrientes. Entónces se negocian con segura ventaja.

La voz chillona subió un punto más en la escala de su tono habitual, exclamando:

—¡Hola! ¡hola! La operacion es magnífica. ¡Canario! reconozco que se pueden ganar algunos milloncejos de una mano á otra; pero vamos á cuentas: ¿cómo mi enemigo en todos los negocios, el hombre que es capaz de hacer creer el rompimiento entre Francia y Prusia para tentarme á jugar á la baja y darle un golpe á mi fortuna; lazo ¡canastos!..... en que no he caido; ¿cómo no se mete de hoz y de coz en tan buen negocio, y no que viene á proponérmelo á mí; á mí, á quien quisiera ver arruinado?

La otra voz replicó pausadamente:

—Ya sé que por el mero hecho de ser yo quien propone á V. el negocio, ha de huir de él cielos y tierra, y de ese modo lo aparto de una operacion que le dejaría la ganancia de algunos milloncejos. ¿Qué tal?..... Me parece que la cosa es clara como la luz del dia.

Y al acabar de pronunciar estas palabras, la voz de contrabajo dejó oír una especie de carcajada; una cosa así como un *trémolo*; en fin, como si el arco temblára sobre la cuerda.

La voz de cornetin no se dió por satisfecha, y salió pitando de este modo:

—¡Cáspita! ¿y por qué no hace V. el negocio?

Aquí oyó Matusalem un suspiro, que parecia exhalado por la profundidad de un pozo, y á renglon seguido percibió el uso de la otra voz, que, más baja y más hueca, decia:

—Por una razon muy sencilla: porque no tengo fondos.

Habia cierta sinceridad en lo hueco del acento, pues podia creerse que salia de un bolsillo vacío.

Matusalem creyó que era expuesto conti-

nuar escuchando aquel duo de tiple y bajo, y se decidió á convertirlo en terceto, no muy contento de las últimas palabras que habia oido, aunque las tomó á beneficio de inventario.

Antes de entrar se retiró algunos pasos, y estampando con fuerza las plantas de sus botas en la alfombra, se adelantó tosiendo con violencia, y sin detenerse entró en la habitacion donde habia oido el concierto de las dos voces.

Al segundo paso que dió despues de haber salvado la amplia cortina que cubria la puerta, se detuvo sorprendido y dijo:

—Señor D. Antonio, creí que estaba V. solo, y me he tomado la libertad de invadir su despacho sin ninguna ceremonia, cuando la presencia aquí del Sr. Redondo, banquero de muchas campanillas, me anuncia que los sorprende á ustedes en el momento crítico de alguna grave conferencia.

El hombre de la voz profunda le contestó, diciendo:

—Nada de eso, amigo mio; charlábamos aquí como dos buenos compañeros que se

miran de reajo..... llega V. perfectamente, pues su conversacion hará más amena la nuestra. Ya es tarde, añadió mirando el reloj, y renunció hoy á mi paseo ordinario.

El Sr. Redondo era el hombre de la voz chillona, y se ajustaba tan perfectamente el apellido á la persona, que la persona y el nombre se encontraban como hechos el uno para el otro.

Era, en efecto, redondo de piés, de manos, de cuerpo y de cara, como si al trazarse su circunferencia hubiera aspirado toda la parte material de su sér á encerrarse dentro de la figura corriente de la moneda.

Era, pues, redondo como un cuarto, como una peseta, como un duro, como cien millones, que es tambien un número redondo; tenía la redondez del dinero, porque ademas estaba muy bien *redondeado*.

Su voz metálica advertia que dentro de su pecho, dentro de su corazon, no habia más que un bolsillo.

El negocio era su único pensamiento, su pensamiento fijo, y la ganancia la pasion de su vida.

Grueso, pequeño, encarnado, risueño y movable, era el tipo de la codicia placentera, que va por todas partes dejando ver la satisfaccion de la opulencia, y rodeándose de un lujo tan gordo como él, parecia que iba diciendo: Yo soy rico, yo soy millonario; la magnitud de sus brillantes lo envolvía en continuos resplandores, pues llevaba siempre diamantes en la pechera, diamantes en los puños, diamantes en el chaleco; la cadena de su reloj era enorme y su baston riquísimo; mas todo este brillo hacia más patente la vulgaridad de su persona; su fausto no conseguía sacarlo de la condicion de dependiente de una tienda de géneros ultramarinos.

Poseía la audacia de la fortuna y echaba en la balanza de los negocios el peso de su suerte, como echó Breno en la balanza de los tributos el peso de su espada.

Tan descarada prosperidad tenía irritado á su adversario, empeñado en vencer la fortuna con la astucia.

Su adversario nos es ya conocido: es el insigne A. Gil y Agudo, á quien conocimos en el segundo libro de nuestra historia, acer-

ca de cuya persona hicimos un ligero bosquejo.

A. Gil y Agudo representa un papel importante, y la gente de negocios lo mira con respeto; posee muchos secretos, y aunque no es hombre político, goza en las regiones oficiales de una consideracion que realza su crédito. Se ha observado que suele cruzar con los ministros palabras misteriosas, y se sabe, ó por lo ménos se dice, que suele celebrar con altos personajes secretas conferencias.

El talento se irrita contra las injusticias de la fortuna, y la fortuna á la vez se rie de las ambiciones del talento. Tal venía á ser la rivalidad que se habia despertado entre el astuto Agudo y el afortunado Redondo.

Cuando este último oyó decir á su rival que renunciaba á su paseo ordinario, sospechó que algun asunto misterioso lo detenía aquella tarde en su casa, y decidió quedarse tambien, porque habia resuelto, como táctica contra su enemigo, no dejarlo ni á sol ni á sombra, constituyéndose en su incansable espía. Agudo habia comprendido el sistema

de defensa adoptado por su enemigo, y sufría la persecucion con heroica impaciencia.

Redondo, por consiguiente, se arrellanó más en la butaca en que se hallaba sentado, y jugando con sus lentes de oro, dijo:

—En efecto, ya no queda tiempo para pasear, y despues de todo, nada se nos pierde en paseo.

Al oír esta decision, Matusalem, que deseaba quedarse solo con Agudo, hizo un gesto algo expresivo, que no cayó en saco roto, pues Redondo le recogió íntegro, confirmando sus sospechas, y se sonrió complacido ante la idea de que iba á servir de estorbo, á impedir alguna conferencia importante, á estropear con su presencia algun negocio..... tal vez á sorprender algun secreto, acaso á ponerse en la pista de alguna operacion subterránea, y de todos modos á desesperar á su adversario. Para él era evidente que Matusalem no habia ido allí á humo de pajas.

Redondo no tenía talento, pero tenía instinto, y el instinto en los hombres que carecen de inteligencia es la suspicacia, el recelo,

la sospecha. Como verdaderos ciegos, andan á tientas.

—Sepamos, dijo Agudo, las últimas noticias. ¿Qué hace ese centro parlamentario? ¿se queda ó se va?

—Ni se va ni se queda, contestó Matusalem; hoy ni siquiera de eso se habla; es un día exhausto.

—El centro parlamentario, añadió Redondo tomando parte en la conversacion, ya sabe lo que se hace. ¡Cáspita!..... es un buen negocio; con una mano amenaza al Gobierno y con la otra recoge credenciales..... y, caballeros,oros son triunfos.

Dígame V., Alejandro, preguntó Agudo, parece que el casamiento del Duque con la criolla ofrece sérias dificultades.

—Muy sérias, contestó Matusalem.

—¡Oh! exclamó Redondo, esa señorita posee una renta muy saneada, y naturalmente querrá doblar su capital. Nunca he creído que se llevara á cabo el matrimonio, porque la fortuna del Duque nunca fué gran cosa, y hoy se encuentra algo comprometida.

—Tenga V. en cuenta, replicó Agudo, que media en el asunto un compromiso de familia.

—Soberbio argumento. Los compromisos no pueden traspasar los límites regulares; trescientos mil duros de renta no se entregan así á *bobilis bobilis*, porque áun cuando el Duque es duque, es un título que está á punto de ser título de la deuda; y, en fin, apuesto á que no se casan.

La apuesta era la suprema razon de Redondo. En todo apuro echaba sus millones por delante, y nadie se atrevia á replicarle.

—Cualquiera diria, advirtió Agudo, que habia V. puesto sus ojos en la vírgen América.

—No, se apresuró á decir el millonario. Soy muy largo y no se me pesca fácilmente; por lo demas, reconozco que es buen negocio:

Matusalem, que permanecia de pié, dió media vuelta y fué á tomar asiento en el magnífico sillón que, por decirlo así, presidia el mueblaje, colocado junto á la pared, delante de la mesa de escritorio.

Entre tanto decia Agudo:

—La señorita de Vegahonda se daria con un canto en los pechos si consiguiera fijar la atencion y conquistar la mano de nuestro Rostchild; eso es claro; pero es preciso que tenga paciencia y apechugue con lo primero que salga, si es que no ha decidido meterse monja.

Redondo se echó á reir, diciendo:

—Hé ahí una operacion en la cual se veria V. algo apurado para hacerme la competencia.

Tomaba la conversacion un yuelo que tenía trazas de hacerla interminable, y Matusalem, á quien la urgencia del tiempo estrechaba, pensó lo que pensó, y cogiendo una pluma, recorrió con ella la blanca superficie de una cuartilla de papel que casualmente habia sobre la cartera del escritorio, deteniéndose de vez en cuando, á la manera del que medita lo que escribe.

—Ea, exclamó Gil y Agudo con cómica arrogancia, acepto el reto; desde ahora le disputo á V. la preferencia de la señorita de Vegahonda. Vamos á ver quién se la lleva.

Quedóse pensativo Redondo ante una salida tan inesperada, é inmediatamente surgió en él la sospecha de que en aquel asunto habia algo, algo en que se le tendia un lazo. No acertaba á descifrarse el enigma. Pero la conversacion de la criolla traída por los cabellos, la intempestiva visita de Alejandro, la provocativa arrogancia de Agudo, eran para la despierta suspicacia de este hombre motivos bastantes de recelo. No veía nada claro, y por la misma razon se entregaba ciegameñte á todo género de conjeturas. Así es que aplicando á sus ojos con aire distraído los lentes que tenía en la mano, como quien ve más allá de sus narices, dijo:

— ¡Caramba! confieso que esa arrogancia me acobarda. ¿Sería V. capaz de aspirar á la mano de la señorita de Vegahonda? Hé ahí una empresa más difícil que obligar á Francia y á Prusia á andar á cañonazos.

El Sr. de Redondo tenía tambien su mordacidad, y quedó muy satisfecho de haber coordinado en tan breves palabras esa triple pulla, lanzada á la vez contra su arrogante enemigo, contra Francia y contra Prusia.

En esto soltó Matusalem la pluma, cogió el papel en que habia escrito, y levantándose, fué á ponerlo en manos del señor Agudo, y dirigiéndose despues al fastuoso banquero, le dijo:

— Sí, señor; puede V. asegurar que el matrimonio de la criolla con el Duque es cosa que está sumamente en baja; tan en baja, que no se cotiza; como estará el termómetro ántes de ocho dias: bajo cero.

— Sin duda ninguna, añadió Redondo lanzando á hurtadillas ávidas miradas al papel que Agudo tenía en la mano, en el que leía atentamente.

— Es verdad, prosiguió Matusalem, que media un compromiso de familia, muy respetable sin duda, miéntras no comprometa la felicidad de los que han de cumplirlo.

— Por supuesto, por supuesto, exclamó Redondo dejándose caer sobre el brazo izquierdo de la butaca en que estaba sentado, manobra por medio de la que se acercó más á Agudo, que proseguía leyendo el papel que tenía en la mano.